



DEL TEOCENTRISMO AL NIHILISMO, PASANDO POR EL ATEÍSMO*

La característica ideológica más sobresaliente, al menos para un creyente, de nuestro tiempo es el olvido de Dios. No asistimos a un momento histórico sólo anticlerical, ni siquiera anticristiano, en nuestro contexto cultural Dios ha sido borrado o se ha vuelto banal para la mayoría de nuestros contemporáneos. Esto se percibe no sólo el vaciamiento de las iglesias, sino especialmente en la ausencia de Dios en la cultura actual.

España ha accedido más tarde que otros países al proceso cultural occidental, saltando prácticamente del teocentrismo al nihilismo y haciendo así a su manera el largo recorrido de las grandes potencias culturales europeas: Renacimiento, Ilustración, ateísmo del siglo XIX... Pero no por ello nos encontramos substancialmente en una mejor situación para la cuestión de Dios. Dios en España ya no “da que pensar”.

1. Teocentrismo.

No vamos ocuparnos de esta visión del mundo *in extenso*, porque supuestamente es la nuestra. El teocentrismo significa que el centro de la realidad y también de la vida del hombre es Dios. Y su figura paradigmática es Abrahán, el padre común de la tradición religiosa occidental (judaísmo, cristianismo e islam). Es el hombre religioso por excelencia, el creyente que vive, no tanto buscando a Dios, sino ya a su escucha porque su presencia es concomitante con su vida. La escucha de lo que Dios revela le lleva a ponerse en camino hacia donde Él quiere. Abrahán es el amigo de Dios –de un Dios vivo y personal– y su gran hito es salir de su casa y emigrar de Ur de los caldeos hacia la tierra y el futuro que Yahvé le mostrará. El teocentrismo, en su versión mítica o revelada, ha dominado el panorama cultural durante la Antigüedad y Edad Media.

* El autor de estos apuntes ruega al lector que tenga en cuenta precisamente su condición de apuntes para su exposición oral en la Escuela de Catequistas.

2. Teo–antropocentrismo

Generalmente solemos decir que en el Renacimiento, sg. XV y XVI, fruto de una determinada recuperación de la cultura clásica emerge el hombre como valor en sí mismo. Va apareciendo una valoración del ser humano no tanto por su relación con lo divino, sino por sí mismo, a parte de la experiencia de Dios, y a la vez de manera individual, independientemente de la colectividad.

Lutero, Descartes, Galileo y posteriormente los ilustrados ponen de relieve el uso de la propia potencia individual (ya sea de la fe o de la razón) frente a la Tradición. Se produce aquí una primera brecha en la teoría del conocimiento: la búsqueda individual del conocimiento, poniendo entre paréntesis –duda metódica– de lo que nos han aportado los otros.

Para nosotros, creyentes, el don de la racionalidad o de la libertad son dones de nuestra naturaleza que está llamada al encuentro con Dios. Por lo tanto, están al servicio de una respuesta. Para la modernidad comienzan a ser características absolutas de una naturaleza humana pura.

Sin embargo, hasta después de la Revolución Francesa, Dios sigue teniendo su lugar, aún cuando sea el Dios del **deísmo** o del incipiente protestantismo liberal. El Dios del deísmo es un dios con minúsculas. Un dios sin rostro, fuerza suprema que rige la naturaleza garante de la Razón y orden cósmicos, que no se revela sobrenaturalmente y no hace milagros. Los que le siguen quieren ser hombres de orden ético y deben reflejar esa Razón en su interior. Jesucristo empieza a ser en este contexto un hombre, quizá el prototipo de hombre, pero nada más que eso.

El deísmo no está lejos de nuestros días pues vemos que esta forma de considerar a Dios aparece entre nosotros en expresiones como: “Algo habrá”, “lo importante es ser buena persona”... Por no decir cuántos reducen a Jesucristo a su naturaleza meramente humana.

El deísmo se conjuga además con cierto escepticismo o agnosticismo. No es posible conocer al Dios verdadero, al que tiene rostro y se revela, pues sus manifestaciones rebasan la razón. Es más, quizá la misma razón no pueda ni siquiera establecer a Dios como principio del orden natural. Ésta fue la propuesta de Kant, al final de la Ilustración, que se empeña en reducir la religión a los límites de la mera razón y a Dios a postulado maestro de su ética. El Dios que no puede ser conocido por la razón teórica, es postulado para que la ética tenga sentido.

3. El ateísmo

El siglo XIX es el siglo de la crisis de la Razón que se creía única capacidad digna del hombre y a la vez con suficiente poder para iluminarlo todo. Esta crisis

habría de afectar a la idea misma de Dios, sobre todo a partir de la herencia de Hegel¹.

3.1. **Feuerbach** es el pensador que a la izquierda de Hegel da, podríamos decir, “el pistoletazo de salida” del ateísmo del siglo XIX. Su tesis –el “*trágico equivoco*” que contrapone Dios y al hombre–, produjo en su día un impacto enorme y ha sobrevivido casi doscientos años a él. La encontramos tal cual en la retórica atea actual cuando la idea de Dios aparece como la que empequeñece al hombre. En la *Esencia del cristianismo* (1841) hace una investigación crítico–genética de la auténtica conciencia religiosa y descubre que en realidad lo que se adora en la religión primitiva de Israel y del cristianismo es el hombre mismo. La religión le enseña al hombre su grandeza, podríamos decir bajo un determinado ropaje mítico. Pero cuando la religión se convierte en teología (cuando abandona el campo de lo simbólico por el de la realidad) se pervierte su verdad originaria: para enriquecer a Dios, el hombre debe empobrecerse. El hombre afirma en Dios lo que se niega a sí mismo. La religión se convierte en el vampiro del hombre. Por ello se impone un proceso reflexivo que frente a esta alienación, le conduzca a la esencia de la religión: el hombre mismo, la especie humana. Se ve cómo el momento fundamental del pensamiento de Feuerbach coincide con su antropocentrismo, que se manifiesta como un humanismo que busca la liberación del hombre.

Sin embargo, Feuerbach no se tiene por ateo: *“El verdadero ateo no es el que niega a Dios, al sujeto; es aquél para el que los atributos de la divinidad, tales como el amor, la sabiduría, la justicia, no son nada. Y la negación del sujeto no entraña forzosamente la negación de los atributos. Los atributos tienen un significado propio, independiente; y por su valor y fuerza obligan al hombre a reconocerlos; se le imponen, se presentan inmediatamente en su inteligencia como verdaderos por sí mismos; son su propia caución...; una cualidad no es divina porque Dios la posea; Dios debe poseerla porque sin ella sería imperfecto”*.

¹ Donde la derecha hegeliana veía un intento de hacer aceptable el cristianismo en la época moderna, la izquierda deducía la intención de eliminar la religión reduciéndola a anticipaciones que serían superadas en el “reino de la razón”. Si la primera corriente dio lugar el ateísmo del siglo XIX, la segunda dio de sí el protestantismo liberal. Para la derecha hegeliana Dios se convierte a la postre en la idea que debe sostener el statu quo del orden social burgués que se está instaurando. Para la izquierda hegeliana ya revolucionaria Dios debe ser abolido, porque el orden social radicalmente injusto debe ser abolido.

En definitiva, ambas opciones son igualmente ateas. A este respecto dice José Manzana: “por una parte la coincidencia de los contenidos religiosos con los especulativos parecía conceder a aquellos su confirmación definitiva; pero, por otra, esta misma coincidencia despojaba a los contenidos religiosos de su carácter «sobrenatural», esencial a la religión revelada, y señalaba el camino de la plena «humanización» –formal y material– de toda religión. La absolutividad del cristianismo era, en último término, la absolutividad de la especulación filosófica. Así se comprende la acusación de irreligiosidad, e incluso de ateísmo, de que fueron objeto tanto Hegel como sus discípulos más radicales” (José Manzana: *Obras completas*. II, 180).

Retengamos lo que es característico de este ateísmo pasado, que llamamos “postulatorio” o “prometeico”: Feuerbach elimina la idea de Dios para ensalzar al hombre, porque el hombre es lo verdaderamente divino. Como veremos más adelante el ateísmo actual no piensa así, usa las razones de Feuerbach como retórica o propaganda, pero es más radicalmente “ateo”, para él ya no existen en su grandeza ni el amor, ni la sabiduría, ni la justicia... ni ninguno de los atributos divinos.

3.2. Feuerbach es el “padre espiritual” de Marx. Éste entiende que su antecesor ha colocado al hombre en su lugar y prosigue su senda trasportando la alienación espiritual que Feuerbach ha detectado al campo social y económico. Sin embargo, Marx no se ocupa tanto de Dios como de la religión.

Para él esta sociedad –la economía en el Capital– produce la religión². “La conciencia religiosa surge, de la situación inhumana del hombre, como expresión de esta misma situación. La religión es el «gemido de la criatura oprimida»; Dios es el «eco de nuestro dolor». Esta expresión solemne–religiosa del dolor del oprimido es ya un consuelo para éste: el dolor tiende a exteriorizarse y esta misma exteriorización es un lenitivo, aligera la carga del corazón. La expresión religiosa de la miseria humana es, al mismo tiempo, una protesta contra ella. Es el no–conformismo de quienes no tienen otra posibilidad de protesta, así como es el consuelo de quienes no tienen otros medios de consolarse de su opresión. [...] Pero esta protesta es impotente e ineficaz, no sólo porque sitúa la vida verdadera en un «más allá» ficticio, sino ante todo, porque *aparta al hombre de la empresa de alcanzar aquí abajo y por sus propios medios una vida verdaderamente humana*. Por esta última razón –en cuanto narcótico paralizador del impulso humanista– realiza la religión el segundo carácter de opio: actuar como estupefaciente retentivo del empeño humano por configurar una vida auténticamente humana”³.

² “La crítica de la religión recorre la totalidad de la obra marxiana desde la tesis doctoral hasta *El Capital*, pues, que Marx evolucione en el enfoque de la problemática religiosa y que esta evolución se lleve a cabo es función de la misma andadura de su pensamiento. Marx «criticó primeramente la religión por la vía filosófica, luego la religión y la filosofía por el procedimiento político y por fin la religión, la filosofía y todas las demás ideologías desde el punto de vista económico». Más concretamente, la crítica racionalista de la primera hora es sustituida, a partir de 1843, por su crítica sociopolítica y ésta, a su vez, es completada y profundizada, a partir más o menos de 1845, por su crítica económica. Si dejamos de lado, por ya conocido, el *antiteísmo* de los escritos doctorales, los tres momentos de la evolución podrían caracterizarse respectivamente, primero como un ateísmo positivo que niega a Dios para afirmar al hombre, después como un *humanismo postateo* que deja atrás la misma negación de Dios en la pura y simple afirmación del hombre, finalmente como un reduccionismo socioeconómico que hace de la religión una mero «reflejo» de la evolución de la sociedad” (E. COLOMER, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger* III (Barcelona 2002) 152–153). Véase también V. RAMOS CENTENO, “La izquierda y la religión”: *Religión y cultura* 51 (2005) 773–774.

³ Mazana, II, 481. “El hombre es un ser abstracto, exterior al mundo real. El hombre es este mundo del hombre, el estado, la sociedad. Este estado, esta sociedad, produce la religión, una conciencia errónea del mundo, porque constituyen un mundo falso; la religión es la teoría general de este mundo, su *compendium* enciclopédico, su lógica bajo una forma popular, su punto de honor espiritual, su entusiasmo, su sanción moral, su cumplimiento solemne, su razón general de

Si esto es así, la conclusión del marxismo es lógica: el advenimiento del socialismo por medio de la revolución implica la desaparición de Dios y de la religión.

Vulgarizada y mezclada con anticlericalismo la crítica de Marx a la religión llega hasta nuestros días como un tópico. La religión apoya al capital, por lo tanto a la opresión. Incluso en determinados ambientes de extrema izquierda se recela veladamente de la acción social de la Iglesia, porque en tanto en cuanto palió la situación social retrasa la revolución (cf. Benedicto XVI, Deus caritas est, "Justicia y caridad", nn. 26–29). La mejor refutación de esta tesis es no sólo denunciar la injusticia y anunciar la doctrina social de la Iglesia, sino encarnarla.

3.3. **Nietzsche** es el pensador ateo más popular y leído. Sus dardos se dirigen con una maestría literaria incomparable tanto contra un Dios que representa un mundo de verdades y valores que se resquebraja como contra un cristianismo y unos creyentes burgueses, fatuos y privados de vitalidad. Pero Nietzsche está también en el quicio entre un tiempo en que se creía en el hombre al margen de Dios y nuestra época en la que ningún valor, ni siquiera el hombre, se tiene por absoluto. Por ello es el profeta del nihilismo⁴.

Nietzsche emprende una investigación genealógica para hallar el origen de la creencia en Dios en el hombre mismo y así impugnarla. En un primer momento, en la línea de Feuerbach, sitúa ese origen en la atribución de todo lo grande y fuerte a algo "sobre-humano", para después pasar a acusar a la creencia de Dios de hedonismo y de resentimiento moral, de actitud del hombre que quiere vivir cobijado. El cristianismo es la religión del esclavos, el arma resentida que quienes no pudiendo presentar batalla contra los fuertes de este mundo hacen unas tablas de valoración invertidas.

De este modo la idea religiosa aparece como un cadáver y Nietzsche anuncia *la muerte de Dios*. Es importante precisar el alcance de esta expresión. "La muerte de Dios" no es una constatación sociológica de la increencia ni afecta sólo al Dios cristiano, sino que alcanza a toda actitud religiosa posible y a todo sistema de realidades y valores transmundanos. La muerte de Dios es destino del

consolación y justificación...; es la realización fantástica de la esencia humana, porque la esencia humana no tiene realidad verdadera...; y la miseria religiosa es, por una parte, la expresión de la miseria real y, por otra, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura hastiada por el dolor, el alma de un mundo sin corazón, lo mismo que es el espíritu de una época sin espíritu. Es el opio del pueblo" (citado por H. DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo* (Madrid 2008) 31).

⁴ "Nihilismo es la desvalorización de un sistema de valores. El nihilismo «radical» será la absoluta desvalorización de la existencia, al afirmar que no tenemos el más mínimo derecho a suponer un más allá o un en sí de las cosas que sea «divino». El núcleo esencial de este nihilismo es un escepticismo moral, como consecuencia de la negación de todo valor absoluto. Este es el nihilismo europeo, que Nietzsche ya percibe y cuya irrupción avasalladora anuncia" (Manzana, II, 192).

hombre, pero a la vez es acto positivo, un asesinato, que se lleva a cabo desde un valor positivo. Ese valor es el hombre mismo⁵.

Después de matar a Dios la hazaña será afirmar absolutamente al hombre y su vida mundana, no desde el “más allá”, sino desde sí mismo y por sí mismo. Este proyecto de “humanizar” al ser humano es el *super-hombre*. El superhombre es un creador de valores que rechaza el cansancio del hombre religioso, que para no crear se pone en manos de Dios.

Por una parte, Nietzsche nos anuncia las últimas consecuencias del ateísmo: si Dios ha muerto con Él muere la verdad y, por lo tanto, aparece el relativismo. Ahora cada uno debe crear sus propias tablas de valor. Por otra, su vitalismo, la exaltación de la vida y de lo terreno, aparece muchas veces en nuestros días enfrentado todavía al cristianismo. Al colocar en el “más allá” lo verdadero el cristiano mata la vida o la reduce a un valle de lágrimas. Vive sin pasión, con resentimiento hacia la grandeza que no puede alcanzar. Exalta el dolor y niega el placer.

El Nietzsche anti-cristiano, en muchos casos blasfemo, es atractivo para muchos por su radicalidad y a la vez turba no poco al lector cristiano. No obstante, sería muy útil que en lugar de escandalizarnos encajásemos el golpe, recogiésemos su guante y testimoniásemos que nuestra fe es un “cristianismo fuerte”. A este respecto ha escrito H. de Lubac: “Los sentimientos de Nietzsche con respecto a Jesús han permanecido siempre mezclados. También sus juicios sobre el cristianismo. Ve menos en él un ideal falso que un ideal gastado. «Es nuestra piedad más severa y más refinada –dice, por ejemplo– lo que nos impide ser todavía cristianos». Se refiere a los cristianos de nuestro tiempo, a nosotros. Su desprecio azotador apunta a nuestras mediocridades, a nuestras hipocresías. Apunta a nuestras debilidades decoradas con nombres bonitos. Al recordarnos la austeridad valiosa y fuerte del «cristianismo actual», a veces, en efecto, «dulzón y nebuloso», ¿está equivocado completamente? ¿Es necesario defender contra él todo «lo que lleva el nombre de cristianismo»? Cuando se grita, por ejemplo, hablando de nosotros: ¡Haría falta que me cantasen cantos mejores para que pudiera creer en el Salvador!, ¿cómo nos vamos a atrever a indignarnos? ¿A cuántos de entre nosotros aparece el cristianismo como «una cosa grande, desorbitada y de la que se puede sentir alegría y entusiasmo al liberarnos de ella por completo?» Los infieles con los que nos codeamos todos los días, ¿perciben en nuestras frentes el rayo de esa alegría que redujo hace veinte siglos a la minoría de almas paganas? ¿Son los nuestros corazones de hombres resucitados en Cristo? En medio de este siglo, ¿somos nosotros los testimonios de las Bienaventuranzas? Dentro de poco discerniremos bien la blasfemia en la terrible frase de Nietzsche y en todo su contexto; ¿pero no nos obliga también a discernir, en nosotros, lo que ha podido llevar a Nietzsche a la blasfemia?”⁶.

⁵ Se podría apuntar aquí una diferencia fundamental del nihilismo nitzscheano, que es un momento negativo llamado a ser superado, y el nihilismo posmoderno que ha perdido toda motórica humanista. Quizá por ello al tiempo de Nietzsche le corresponde el ateísmo y al actual el agnosticismo o, más bien, el indiferentismo religioso.

⁶ H. DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo* (Madrid 2008) 87–88.

4. Humanismo radical inmanentista y nihilismo.

La mejor refutación de la idea de Dios es aquella situación en la que la misma pregunta sobre Dios ya no se plantea. Aquellos que en el siglo XIX propugnaban la desaparición de Dios de la esfera de lo humano deberían alegrarse de este siglo, pues a finales del XX y principios del XXI el mismo ateísmo ha perdido actualidad. La muestra es que la reflexión sobre lo divino es prácticamente inexistente en el panorama intelectual no estrictamente religioso.

El ateísmo de nuestros días, aunque en él persistan muchas de las ideas del antiteísmo del siglo XIX y de su concomitante anticlericalismo, en realidad no es más que **un humanismo radical inmanentista**⁷. 'Humanismo' porque sólo trata del hombre, 'radical' porque encuentra en el hombre mismo su raíz e 'inmanentista' porque para él no existe más realidad en el ser humano que la inmediata (la material, si se quiere). Dios en él muere por disolución, no por asesinato. Se extingue porque ya no tiene razón de ser.

A esta situación se ha llegado tanto por las últimas consecuencias sacadas de la antropología marxista que reduce al hombre a la materia, como por el existencialismo que se reconcilia con la finitud y por el estructuralismo que propugna la inexistencia de lo específicamente humano.

Su aspiración es que el hombre sea simplemente hombre, que se autorrealice según una medida estrictamente humana. Aquí aparece como conclusión la dignidad y realización plena de un hombre situado en su verdad radical, que es su soledad «metafísica» en la que el hombre al quedar eliminada la «hipótesis» de Dios e, incluso, de los grandes valores humanos, puede actuar por sí mismo y amarse por sí mismo en su propia pequeñez.

La introducción artificial de lo trascendente o lo absoluto en la vida del hombre puede ser fruto de su "mala fe", es decir, de su inclinación a esconderse detrás de razones que no sean las propias para huir de la libertad (Sartre). También puede estar motivada por la necesidad de conocer e interpretar, aunque sea mitológicamente, la interioridad humana para encauzar el deseo (psicoanálisis). Desde luego a estas alturas de la historia del pensamiento el ser humano descarta la hipótesis de Dios porque ha descubierto los pequeños valores del sí mismo: la admisión del Absoluto representaría la pérdida de la autonomía humana y de su libertad entendida como no-determinación. Las antropologías fundamentadas sobre la estricta inmanencia del hombre y la estructuración de la vida conforme a esta base representan la verdadera

⁷ "Frecuentemente suele afirmarse que el ateísmo contemporáneo es un ateísmo postulatorio que niega a Dios porque Dios sería un obstáculo a la plena y auténtica realización del hombre e incluso negaría su dignidad. Tal motivación –como motivación exclusiva– carece de sentido y de consistencia. Nadie niega algo por el simple hecho de que es un «impedimento» o «estorbo» a su realización. *En verdad, el momento fundamendador del ateísmo contemporáneo es simplemente el saber (en su pretensión estrictamente «desapasionado») de que la vida humana –como realidad radical y total– no solamente no contiene en ninguna de sus dimensiones –individual, social e histórica– referencias o signos a una trascendencia «divina», sino más bien excluye tales referencias o signos*" (MANZANA, II, 530).

superación del teísmo. Una vez que la reflexión atea ha alcanzado esta cota ya no es meramente una doctrina negativa, sino un ateísmo verdadero o coherente en el que no sólo se ha eliminado a Dios, sino la necesidad de la pregunta sobre Dios⁸. A decir de Merlau-Ponty sólo es ateísmo visto por los ojos del teólogo.

En nuestra época el ser humano ya no es un Abrahán peregrino al albur de Yahvé, ni siquiera un Prometeo que quiera robar el fuego a los celosos dioses para dárselo a los hombres. El hombre es hoy una especie de Sísifo que rueda su gran piedra día tras día, a veces al borde de la desesperación, pero consolado por la noche de la sociedad del bienestar, consumo, del placer... que le hace olvidar que mañana la gran piedra le espera otra vez. El hombre de hoy ni tiene a Dios ni un pecho lleno de grandes ideales humanistas. Vive instalado en su contingencia y soledad y las acepta estoicamente "sin esperanza y sin miedo".

A nadie se le escapa lo demoledor de este panorama que ha venido a llamarse también *nihilismo*. Éste es un término de difícil definición, del que ya se hablaba en Rusia en el XIX⁹. No hablamos del nihilismo de la vida o práctico (las personas que "pasan" de todo), sino de un nihilismo pensado, es decir, que constituye ya una posición intelectual. Lo propio del nihilismo es la negación absoluta, no la mera duda, o bien del ser de las cosas o bien de los valores.

El nihilismo deviene de la "muerte de Dios"¹⁰ y de todo fundamento que esté más allá de las apariencias de las cosas. Ya se proclame que todo es apariencia o que sólo podemos conocer las apariencias de las cosas es claro que entonces no podemos apelar a una naturaleza o a un ser como base de nuestro pensamiento, de nuestras valoraciones y nuestra vida. Nuestra misma vida carece de sentido, porque no tiene ni un origen ni una meta. Por lo tanto, la vida ya no conlleva una verdad que hay que descubrir y se cae el relativismo o en el escepticismo.

Ante esto sólo quedan dos salidas: ceder a la tentación de dejarse llevar por lo inmediato (el "dejarse vivir" del consumismo y la sociedad del bienestar) y entronizar vitalmente el nihilismo o, por el contrario, de crear nuevos valores

⁸ "La verdadera superación del teísmo sólo puede venir dada por la estructuración positiva de una filosofía (o si se quiere concepción del mundo) y por el establecimiento de una vida – individual y social– humana en la que la cuestión de Dios ya no se plantee. El ateísmo sólo es verdadero cuando se convierte en una explicación y realización total de la vida humana por las que necesariamente desaparece –¡por carecer ya de sentido!– la hipótesis de Dios" (MANZANA, II, 445).

⁹ El término Nihilista fue utilizado inicialmente por el ruso Iván Turguénev en su novela *Padres e hijos*: "Nihilista es la persona que no se inclina ante ninguna autoridad, que no acepta ningún principio como artículo de fe".

¹⁰ "Nihilismo y «muerte de Dios» son en el fondo el mismo acontecimiento. Si Dios ha muerto, si el mundo suprasensible se ha desmoronado, entonces no queda nada en donde el hombre pueda apoyarse ni hacia donde pueda orientarse. El insensato había ya señalado hacia esta situación con su pregunta: «¿No erramos como a través una nada infinita?». Ahora esa nada proyecta su sombra sobre todo. «Nada» significa aquí: ausencia de Dios y del mundo suprasensible y, en consecuencia, ausencia del fundamento, origen y meta para toda realidad" (E. COLOMER, *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger* (Barcelona 2002) 281).

(Nietzsche). Es evidente que la creación ya no tendrá como fundamento otra cosa que el propio yo y las apariencias. Comenzando por el arte, dónde el yo del autor o las apariencias se imponen a toda realidad o verdad, y terminando por la política, donde la democracia es el imperio de la mayoría sin otro anclaje que la voluntad popular, pasando por las éticas del consenso... aquí tenemos la situación ideológica actual.

G. AGUSTIN (ED.), *El problema de Dios, hoy* (Santander 2012).

J. L. CABRIA Y J. SÁNCHEZ-GEY (eds.), *Dios en el pensamiento hispano del siglo XX* (Salamanca 2002)

H. DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo* (Madrid 2008).

C. DÍAZ, *Preguntarse por Dios es razonable. Ensayo de Teodicea* (Madrid 1989).

J. M. Velasco, *El encuentro con Dios* (Madrid 1995).

J. MANZANA MARTÍNEZ DE MARAÑÓN, *Obras completas de José Manzana Martínez de Marañón (1928–1978)* I y II, eds. J. M. AGUIRRE – X. INSAUSTI (Vitoria 1999).

Para reflexionar en casa...

El loco (Nietzsche, *La Gaya Ciencia*, § 125).

¿No habéis oído hablar de ese loco que encendió un farol en pleno día y corrió al mercado gritando sin cesar: “¡Busco a Dios!, ¡Busco a Dios!”. Como precisamente estaban allí reunidos muchos que no creían en dios, sus gritos provocaron enormes risotadas. ¿Es que se te ha perdido?, decía uno. ¿Se ha perdido como un niño pequeño?, decía otro. ¿O se ha escondido? ¿Tiene miedo de nosotros? ¿Se habrá embarcado? ¿Habrá emigrado? - así gritaban y reían alborozadamente. El loco saltó en medio de ellos y los traspasó con su mirada. “¿Qué a dónde se ha ido Dios? -exclamó-, os lo voy a decir. Lo hemos matado: ¡vosotros y yo! Todos somos su asesino. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos prestó la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos la tierra de su sol? ¿Hacia dónde caminará ahora? ¿Hacia dónde iremos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¿No nos caemos continuamente? ¿Hacia delante, hacia atrás, hacia los lados, hacia todas partes? ¿Acaso hay todavía un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del espacio vacío? ¿No hace más frío? ¿No viene de continuo la noche y cada vez más noche? ¿No tenemos que encender faroles a mediodía? ¿No oímos todavía el ruido de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No nos llega todavía ningún olor de la putrefacción divina? ¡También los dioses se pudren! ¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo podremos consolarnos, asesinos entre los asesinos? Lo más

sagrado y poderoso que poseía hasta ahora el mundo se ha desangrado bajo nuestros cuchillos. ¿Quién nos lavará esa sangre? ¿Con qué agua podremos purificarnos? ¿Qué ritos expiatorios, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de este acto demasiado grande para nosotros? ¿No tendremos que volvernos nosotros mismos dioses para parecer dignos de ella? Nunca hubo un acto tan grande y quien nazca después de nosotros formará parte, por mor de ese acto, de una historia más elevada que todas las historias que hubo nunca hasta ahora” Aquí, el loco se calló y volvió a mirar a su auditorio: también ellos callaban y lo miraban perplejos. Finalmente, arrojó su farol al suelo, de tal modo que se rompió en pedazos y se apagó. “Vengo demasiado pronto -dijo entonces-, todavía no ha llegado mi tiempo. Este enorme suceso todavía está en camino y no ha llegado hasta los oídos de los hombres. El rayo y el trueno necesitan tiempo, la luz de los astros necesita tiempo, los actos necesitan tiempo, incluso después de realizados, a fin de ser vistos y oídos. Este acto está todavía más lejos de ellos que las más lejanas estrellas y, sin embargo son ellos los que lo han cometido.” Todavía se cuenta que el loco entró aquel mismo día en varias iglesias y entonó en ellas su *Requiem aeternam deo*. Una vez conducido al exterior e interpelado contestó siempre esta única frase: “¿Pues, qué son ahora ya estas iglesias, más que las tumbas y panteones de Dios?”.

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO